

—verdadera y auténtica política—, si no goza de *independencia*; es decir, si no habla o hace por sí mismo y en su nombre.

La explicación y desarrollo de esta especie de anarquía civilizada, junto con otros muchos y ricos matices de la *res publica* unamuniana, los encontrará el lector en este libro, formado por 89 artículos que publicó don Miguel en el semanario *España*, de 1915 a 1923. Además, el volumen incluye seis interesantes cartas inéditas, de las cuales cinco fueron dirigidas por nuestro autor al escritor e hispanófilo italiano Gilberto Beccari y una al también italiano Mario Puccini. Son incluidos también artículos y cartas relacionados con la guerra mundial y la monarquía, «olvidados por los estudiosos de Unamuno o no conocidos» (p. 55). La recopilación ha sido realizada por el profesor de la Universidad de Salamanca, Vicente González Martín, uno de nuestros más jóvenes y acreditados especialistas en el tema unamuniano, autor asimismo de una Tesina de Licenciatura y de una Tesis de Doctorado, galardonadas ambas con la máxima calificación y Premio Extraordinario, y que versaron sobre Unamuno y su relación con la cultura italiana. González Martín ha colocado al frente de este volumen una utilísima introducción en donde, entre otros temas, trata de la vocación periodística de Unamuno; de la importancia, significación y estructura de sus artículos políticos; del semanario *España*, fundado por Ortega y Gasset, Maeztu, Pérez de Ayala, D'Ors y otros, en 1915; de la actitud del autor ante la Guerra del 14; de sus opiniones sobre la monarquía y sobre algunas personalidades políticas de la época, como don Alfonso XIII, Dato, Romanones, Maura, etc. Un libro, en definitiva, muy bien cuidado técnicamente y de gran interés cultural para aquellos que desean acercarse al pensamiento político de Unamuno y a una de las épocas más difíciles de la España actual.

ANTONIO HEREDIA SORIANO

MIGUEL DE UNAMUNO: *Novela*. Prólogo, selección y notas de Eugenio de Bustos Tovar. Barcelona, Ed. Noguer, 1976.

La obra y la figura de Miguel de Unamuno siguen vivas en la historia y continúan actuando de revulsivo y como suscitadoras de inquietudes en el materializado mundo de hoy. Su multiforme obra y su polifacética personalidad atraen a los estudiosos, que se afanan por ir rellenando los huecos más o menos reales de su ya inmensa bibliografía. Pero esa abundancia no es ni mucho menos signo de hipertrofia, sino de vitalidad y validez, como lo demuestra este volumen editado por la editorial Noguer y prologado por el profesor Eugenio de Bustos que a continuación comentaré.

El lector cuando se enfrenta con una obra con una actitud crítica —entendida ésta en su sentido etimológico— no puede por menos que juzgarla

desde su propia perspectiva vital y cultural. Probablemente la lectura sólo tenga valor en tanto en cuanto la sentimos como engendradora y generadora de nuevas inquietudes y nuevos problemas. De la misma manera el crítico solamente actúa como tal cuando interiormente reelabora la obra que lee y expresa esa recreación. Por eso no debe extrañar si mi comentario a este libro es solamente eso: la expresión verbal de lo que en mí ha suscitado.

Para dar una visión de conjunto lo más completa posible de este volumen analizaré sus tres aspectos principales: el prólogo, el texto y la forma.

Hacer un análisis completo y minucioso del amplio prólogo del profesor Eugenio de Bustos Tovar sería una tarea que excedería de los estrechos límites de una simple recensión; de ahí que me limite solamente a señalar sus características principales y las sugerencias que ha despertado en mí la lectura del mismo.

Son dos las líneas maestras que dan fisonomía propia al trabajo de Eugenio de Bustos: una, el amor con el que trata la materia que estudia —cosa explicable conociendo su actividad de acreditado unamunólogo—; y otra, el de ser el suyo un estudio abierto en el que casi todos los aspectos esenciales de la personalidad de Unamuno —a excepción de su pensamiento político y religioso— son tratados sin un posterior desarrollo, como queriendo incitar con ello al lector a descubrirlos por sí mismo.

Podríamos añadir el hecho de que trata de plantear el estudio de una forma objetiva, ante el lógico temor de interpretar las palabras de Unamuno como nosotros las queremos oír y no como él nos las quiso dar a entender, aunque la interpretación subjetiva de una obra estaría avalada por la propia creencia de Unamuno —expresada en su polémica con Croce— de que es legítimo recrear ésta con una imaginación creadora.

El estudio de la biografía unamuniana lo lleva a cabo intentando hacer una simbiosis de vida y obra, que es lo que en definitiva forma la personalidad del Rector de Salamanca. Una personalidad que no es unívoca sino que está formada de otras complementarias, a veces en lucha y que llevan a Unamuno al convencimiento de la imposibilidad de conocerse a sí mismo, ya que nuestro yo es variable, al contrario del personaje de ficción cuyo yo está fijado y no puede cambiar. De aquí que concluya con gran agudeza que la complementariedad más esencial del escritor vasco sea lo que quiso ser.

Esta variabilidad existencial que Eugenio de Bustos aprecia no le impide, sin embargo, el llevar a cabo una autocrítica de la postura, defendida en otro trabajo suyo —*Sobre el socialismo de Unamuno*—, que propugnaba la necesidad de estudiar el pensamiento de Unamuno haciendo cortes sincrónicos. En esta ocasión afirma que los cortes sincrónicos son «artificios metodológicos y sólo eso: los acontecimientos, por graves que

sean, no destruyen la persona anterior a ellos ni crean a la que les sigue». Los argumentos con los que sostiene esta revisión de sus juicios anteriores son importantes, pero creo que en el caso de don Miguel no puede hacerse de otra manera, so riesgo de caer en los mismos errores en los que han caído estudios globales como los de Elías Díaz.

Después de esas premisas iniciales, pasa al análisis de los factores que en su niñez configuraron los problemas centrales de su vida: su entorno matriarcal, la asistencia a la escuela, su debilidad física y el contacto con la naturaleza con el fin de ejercitarse físicamente, las lecturas infantiles, su simple religiosidad. Todos los detalles están tratados con una gran penetración, como demuestra el hecho de poner bien de manifiesto el deseo que nunca abandonó a Unamuno de volver a la infancia; deseo que, a mi entender, está justificado no sólo por motivos sentimentales y nostálgicos, sino también por su convicción filosófica —en gran parte derivada de Kierkegaard y Leopardi, «sus grandes consoladores»— de que el niño tiene menos angustia al tener menos conocimiento.

Su estudio de la biografía unamuniana continúa con «los tiempos medios de la mocedad», cuyos recuerdos aparecen mezclados a la recreación literaria. Señala los aspectos negativos de su bachillerato, como, por ejemplo, la antipatía por el latín mal enseñado. Y a los textos que el profesor Bustos cita, cuando trata este punto, quiero añadir uno que corrobora lo afirmado por él; son estas palabras que Unamuno escribió en su artículo *Mi visita a Pompeya* («La Libertad», Salamanca, 13-VIII-1891): «... pero Virgilio, gracias a nuestro sistema de enseñanza, me trae revueltos con la dulzura de su musa tormentos de diccionario, insomnios, gerundios y otras cosas feas».

Acertadamente también pone de relieve cómo el fruto más alto de ese bachillerato es «el que Unamuno saliera enamorado del saber», lo que implica un juicio positivo de sus profesores, pues como el mismo don Miguel afirma en su *Programa de Metafísica* la labor primordial del profesor está no en dar ciencia hecha, sino en servir de estímulo a sus alumnos y generar en ellos el amor hacia la materia que enseñan.

Continúa analizando otros puntos de este período —por ejemplo sus lecturas— y captando perfectamente la actitud de Unamuno ante los problemas, aunque, como es propio de un prólogo, no los desarrolle todos.

En los dos apartados siguientes estudia los períodos de su estancia en la Universidad madrileña y, posteriormente, en Bilbao, una vez acabada su carrera. Y también aquí vuelve a dar prueba de su amplio conocimiento de la materia que trata; materia de la que conoce incluso los detalles más insignificantes. Me refiero al hecho de que señale que su viaje a Italia en 1889 lo hizo por invitación de su tío Félix de Aranzadi, en contra de lo que erróneamente dice Emilio Salcedo en su *Vida de don Miguel* de que fue con el dinero ahorrado con sus clases particulares y «el viático que le había preparado doña Salomé».

Los cuarenta años de vida salmantina de Unamuno, claves para la conformación definitiva de su personalidad, son estudiados en todos sus particulares: familiar, universitario y literario, sin olvidar el político.

Debo destacar que en este apartado, como en el siguiente donde estudia la actividad política de Unamuno, Eugenio de Bustos hace un análisis apasionado y amplio de la visión que el Rector de Salamanca tuvo de la Universidad y de la función docente, siéndome a mí imposible señalar todas sus aportaciones al tema. Tanto en este como en las páginas siguientes trata de hacer una exposición objetiva, sin valoraciones personales, pero no exenta de una cierta atracción.

El último aspecto tratado es el del pensamiento político de Unamuno. Su visión es amplia y segura; los materiales que emplea para defender sus tesis son siempre contundentes y, en muchos aspectos —como el del socialismo en Unamuno— definitivas.

Prácticamente con este largo capítulo termina su prólogo, que en conjunto puede caracterizarse por la objetividad, la claridad de visión, la riqueza de datos y por el amor con el que ha sido realizado. La necesidad que todo estudioso de Unamuno tendrá de consultarlo ha quedado patente en estas pocas líneas que le he dedicado.

Pero el volumen publicado por Noguera no se agota con su prólogo —aunque éste sea parte importantísima del mismo—, su valor viene dado también por las obras seleccionadas. Sólo será necesario señalar que *Abel Sánchez*, la novela de la envidia secular española, junto con *Niebla*, señalan dos hitos importantes en la literatura española, y la última también en la narrativa europea. No debemos olvidar que los temas y los personajes de ella se colocan por su novedad dentro de lo más avanzado de la novela de su tiempo —no en vano se le ha considerado en muchos aspectos precursor de Pirandello. *San Manuel Bueno*, ilustra uno de los estadios más interesantes del pensamiento religioso de Unamuno, como es el de su acercamiento a las doctrinas religiosas modernistas —don Miguel colaboró en revistas modernistas italianas como «Il Rinnovamento» de Milán. Por último la *Vida de don Quijote y Sancho* y *En torno al casticismo* indican la talla que Unamuno tuvo de gran ensayista y que le permitió ser conocido en todo el mundo.

Termino ya mencionando, aunque sea muy brevemente, la exquisita presentación del libro que une la belleza a la calidad.

VICENTE GONZÁLEZ MARTÍN